

## Miguel A.V. Ferreira, *Las metamorfosis de la racionalidad capitalista: egoísmo, sufrimiento y beneficio*. Catarata, 2025, 288 páginas

Susana Rodríguez Díaz  
UNED 

<https://dx.doi.org/10.5209/stra.105536>

El título del libro hace referencia, en tanto que “metamorfosis”, a las tres fases históricas que la racionalidad capitalista ha adoptado, fenomenológicamente, para ser capaz de integrar el trabajo, en tanto que acción, para la consecución de su objetivo básico, el beneficio, asumiendo que, más allá de su dimensión objetiva, lleva asociado un catalizador emocional, el sufrimiento, que actuará generando una compensación de naturaleza simbólica (naturaleza vinculada al concepto de capital simbólico de Bourdieu) que ha experimentado una triple configuración, diferente en cada una de las tres fases evolutivas de la economía capitalista. Tal compensación excede a la estricta compensación económica que es el salario.

Basándose en las formulaciones de Marx y Weber y tomando como referencia fundamental el marco conceptual de Bourdieu, el texto explica cómo la búsqueda del beneficio es el resultado práctico de la relación entre las principales fuerzas motrices emocionales del capitalismo: el egoísmo y el sufrimiento, que sustentan la relación objetiva, moldeada históricamente, entre los factores del capital y el trabajo.

Nos encontramos, por tanto, ante una reflexión original y profunda en la que el autor nos lleva, paso a paso, a través de la evolución histórica de la economía capitalista, considerada desde una óptica muy específica: más allá de la amplia bibliografía en la que se apoya el texto, éste no se reduce a un mero ejercicio de erudición y recapitulación de autores, sino que, a partir de tales fuentes, planteamientos y autores, nos propone una particular visión de los fundamentos del capitalismo y de su variabilidad histórica.

Como explica el autor en la sección inicial “Preducciones”, en el trabajo presentado se realiza un análisis metodológico reflexivo de la racionalidad capitalista, aclarando que, en realidad, esta tiene una base principalmente emocional. Bajo el presupuesto de que la realidad económica puede ser definida como un determinado tipo de acción social, y la modalidad específicamente capitalista de dicha realidad, a su vez, como una particular expresión histórica de dicha acción, los factores capital y trabajo vendrían determinados como acciones económicas diferenciables en virtud de su catalizador emocional específico, el egoísmo del capital, el sufrimiento del trabajo.

El autor establece, siguiendo el planteamiento de Eva Illouz en *Intimidades Congeladas* (2007), que las emociones son los resortes sobre los que se activa la acción social, en este caso, económica; además, las emociones no son ingredientes naturales o instintivos de la naturaleza humana, sino que son socialmente producidas a través de las relaciones sociales y de los marcos culturales de la existencia: no hay acción social sin una emoción en su base que la impulse, que la “catalice”.

Así, estructuralmente, el egoísmo del capital (acción inversora) define el objetivo básico de la economía capitalista, el beneficio, objetivo que, en términos prácticos, sólo puede obtenerse mediante la contribución (forzada) del sufrimiento del trabajo (acción laboral). Fenomenológicamente, entonces, pueden señalarse tres formas históricas diferentes en las que el egoísmo ha logrado integrar el sufrimiento, puesto al servicio del objetivo del beneficio, cada una de ellas caracterizada por una particular forma de compensación o beneficio simbólico. Se trata de tres formas históricas cuya base fundamental es la integración del trabajo al servicio del egoísmo mediante la relación simbólica establecida entre sus catalizadores emocionales.

Para mostrar esa evolución, el cuerpo del texto se divide en cuatro grandes apartados, comenzando por un marco conceptual en el que se concibe la economía como acción social. Una acción social que comportará una doble dimensión: junto a la propia y expresamente económica, existe otra menos visible, de naturaleza simbólica, a partir de la cual es factible vincular a la acción laboral, y a su agente, el catalizador emocional del sufrimiento y, con ello, concebir la existencia de una compensación distinta a la que supone el salario como retribución estrictamente económica, compensación que permite lo que el autor define como “capitalización simbólica” del sufrimiento: a cambio de un beneficio simbólico, el trabajo aportará su sufrimiento para la consecución por parte del capital del beneficio estrictamente económico que persigue.

Sobre esta base, el siguiente capítulo examina el primero de los tres modelos históricos de la racionalidad capitalista —el liberalismo clásico— que marcó el desarrollo de la economía capitalista durante el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Aquí, la formulación de Adam Smith sirve como referencia fundamental para

determinar la integración característica de este período entre el capital y el trabajo, el agente inversor y el agente laboral, y la correspondiente capitalización del sufrimiento de este último por parte del primero. La compensación simbólica, en este período, estará vinculada a la promesa de liberación humana que el proyecto ilustrado formula a partir de la categoría “individuo”.

A continuación, se aborda la segunda racionalidad histórica, que corresponde al período keynesiano, mostrando cómo, sobre la base de los planteamientos de Keynes, se constituye un nuevo orden social en el que el trabajo se constituye como un agente colectivo en virtud del papel que va a jugar el Estado (abandonando el principio del *laissez faire* propio del período previo) en materia económica. El reconocimiento de esta condición colectiva se dará tanto a nivel de consumo como a nivel político, lo que permite una modalidad histórica diferente de capitalización del sufrimiento. Vinculada a esa doble condición, política y económica, de reconocimiento simbólico de pertenencia, colectiva, del factor trabajo al orden social.

Por último, se analiza la racionalidad neoliberal, surgida tras la crisis del modelo keynesiano en los años 70 y actualmente vigente, basada en su precursor intelectual, el ordoliberalismo alemán de la posguerra, así como en las formulaciones de Milton Friedman. Esta nueva racionalidad presenta algunos cambios fundamentales con respecto a los planteamientos del liberalismo clásico. Sobre la base de la radicalización extrema del individuo como categoría fundamental y de la competencia como pauta de comportamiento, la nueva capitalización del sufrimiento se manifiesta en forma de intervención terapéutica: la compensación simbólica, en este caso, es la de la pura y dura existencia: no hay alternativa (“sufrir o morir”); reconocerlo y actuar en consecuencia, requiere una intervención, por parte del poder político, sobre, las “patologías” que impiden la configuración, a título exclusivamente individual, de las aptitudes adecuadas, aptitudes que, además adquieren una entidad moral, vinculada al compromiso y la auto-responsabilización.

Tras ese recorrido, el texto da paso a unas “transducciones” en las que aborda cómo se expresa la racionalidad neoliberal en tanto que contexto de desenvolvimiento actual y punto de convergencia de todo el desarrollo anterior, lo que implica, necesariamente en términos reflexivos, que el propio autor se defina, a su vez, como agente económico involucrado en dicha realidad.

En conclusión, nos encontramos ante una reflexión interesante y poco convencional en el campo de la economía política, recomendable para mentes abiertas e inquisitivas, aunque también pueden señalarse algunas deficiencias. Si bien nos parece un acierto introducir el egoísmo, el sentimiento egoísta, en medio de la aparente racionalidad capitalista, a nuestro entender este no constituye estrictamente un componente meramente emocional sino, más bien, de tipo ético o motivacional: ¿cuál ha sido la elaboración social —el tipo relaciones sociales y marcos culturales—, siguiendo la propia propuesta del texto, de ese egoísmo? Y otro tanto ocurre en relación al sufrimiento, que no es una emoción en sentido estricto, sino un estado mental y/o físico. El trabajo tal vez brillaría más si estuviera dotado de un marco algo más completo y complejo de análisis en relación a las emociones y su relación con la motivación. Por otra parte, también habría sido de interés la introducción del consumo (consumismo) como factor añadido de motivación.